

Cuando eran buenos

La última guerra que ganaron los estadounidenses fue la Mundial. Según Navalón, este triunfo les otorgó una primacía para la que no estaban listos. Hasta ahora, sus fracasos sólo repercutían internamente de forma sutil, pero el 11-S cambió este paradigma, con consecuencias que apenas vislumbramos.

Para Carla

El 17 de enero de 1973 fue un día muy frío en el Este de Estados Unidos. En Nueva York, a media tarde, la gente caminaba, como siempre, de prisa. En la intersección de la Quinta Avenida y la Calle 57 se podían ver banderas nacionales desplegadas, doblemente engalanadas porque faltaban menos de tres días para que Richard M. Nixon rindiera la protesta de su segundo mandato. Los periódicos del día informaban de un gran incremento de la violencia y la tensión en las calles, y eso era perceptible incluso en la que es seguramente la zona urbana más cara del mundo y la mayor depositaria de riqueza, lujo y esperanza. Entre la 57 y Quinta, la gente esperaba el cambio en la luz del semáforo y cuando de golpe se cruzaban las miradas, se sentía la violencia. ¿Qué miras? ¿Qué quieres? La gente no se aguantaba la mirada, estaba nerviosa, irritada, violenta.

La Guerra de Vietnam fue un gran fracaso. Para el 17 de enero de 1973, más de un cuarto de millón de estadounidenses habían sido obligados a ir a luchar no se sabía muy bien por qué, y varios miles habían huido al Canadá, Suecia y otros países para evitar ser reclutados. Vietnam estaba marcando a todos los niveles la vida de Estados Unidos. El país se había vuelto a meter en una de esas guerras, como la de Corea, que evidentemente no podía ganar y que además estaba haciendo aflorar las derrotas, las tensiones sociales y las contradicciones inherentes a la nación desde los tiempos de los padres fundadores.

A todos nos cuesta vivir entre el ideal y la realidad. Todos tenemos un filo de simulación e hipocresía. Estados Unidos es un país forjado sobre la base de los principios—como establece su Constitución y como fue el sueño de Thomas Jefferson—de un pueblo al que se debía garantizar esperanza, democracia, paz, progreso, felicidad, y sin embargo hay notorias cuarteaduras entre sus aspiraciones y sus logros.

Estados Unidos tuvo que intervenir en la Primera Guerra Mundial no por sus ideales, sino sencillamente porque los alemanes le hundieron barcos y mataron a soldados estadounidenses; por eso al presidente Woodrow Wilson—un político bien intencionado, profesor de Princeton, hombre de Nueva Jersey cuyo universo estaba conformado por libros y que había sostenido que su país “no entraría en la guerra”—no le quedó más que enviar a dos millones de sus conciudadanos a la batalla más allá del Atlántico, a morir en los campos de Francia para dar el impulso definitivo a los aliados.

Wilson nunca entendió que la violencia y el orden que representaba la potencia de Estados Unidos no permitía un juego de ir y venir, sino que había que diseñar una política de presencia; quiso apoyar la creación de una Sociedad de Naciones y la pertenencia de su país a ella, y murió en el cargo sin haber conseguido que el Congreso y el Senado votaran su propuesta. Después de esa experiencia los aislacionistas—la América profunda, no la que limita con el Pacífico ni con el Atlántico, sino la que compone el corazón de la nación—, se dedicaron durante los siguientes años a echarle la culpa de la corrupción moral por el contagio extranjero. De esos dos millones de soldados que partieron a Europa, muchos volvieron y muchos sirvieron de pretexto para que se decretara la Ley Seca. Estados Unidos había entrado en una degeneración, en una Sodoma y Gomorra moral, económica y social, y el gobierno necesitaba castigar por la parte más débil: la moralidad que se ve y que se siente, no aquella que se practica.

El gobierno decretó la Ley Seca y con ello dio pie al surgimiento de bandas mafiosas que se asesinaban en el tráfico de alcohol por las calles de Chicago, Nueva York, Los Ángeles. Al mismo tiempo—otra contradicción del país creado bajo la doctrina de Adam Smith—, no se hizo nada para impedir la especulación, y el país iba poco a poco caminando, entre los bebederos clandestinos, por la senda de la especulación bursátil que culminó la mañana del 29 de octubre de 1929.

Ocurrió el *crack* de Wall Street. Estados Unidos estaba quebrado. Había ganado una guerra y no supo qué hacer con ello; intentó volverse hacia adentro, fracasó en encontrar su propio camino y se colapsó.

En 1933 ganó la elección presidencial el gobernador poliomielítico de Nueva York, que era internacionalista, que había sido subsecretario de Marina y que tenía un nuevo trato, un “*New Deal*” que proponerle a su país: acabar con el capitalismo salvaje y hacer que el Estado interviniera más para garantizar la estabilidad y la seguridad, y por lo tanto las condiciones de supervivencia de sus ciudadanos.

Estados Unidos no fue a la Segunda Guerra Mundial porque quisiera; en ese momento era el país que había desencadenado la primera gran crisis mundial porque desde la Gran Guerra era la potencia financiera hegemónica. Wall Street había desplazado a Londres, y aunque no resultaba tan visible como resultó después, era evidente que la crisis del 29 consiguió arrastrar a Alemania, Francia, Italia, y por supuesto a Inglaterra. El Martes Negro de Wall Street fue el principio del fin de las democracias tal y como se conocían en Europa, y su repercusión en los problemas estructurales, sociales y políticos de los países europeos dio al traste, por ejemplo, con la posibilidad de éxito para la democracia en la República de Weimar. Regímenes como el de Mussolini tuvieron su gran oportunidad a consecuencia de la crisis económica, el desempleo y la inflación que produjo el *crack* de 1929.

El 20 de enero de 1933 llegaron al poder, con tres horas de diferencia, Franklin Delano Roosevelt en Washington y Adolfo Hitler en Berlín. Comenzaba el gobierno de los hijos del *crack* y comenzaban también, aunque nadie lo supiera, los mejores momentos, los más fecundos, los más importantes de Estados Unidos. El discurso sobre los ideales y los mandamientos de las mejores intenciones se iban a cumplir, aunque fuera por casualidad.

El ataque de Japón a Pearl Harbor, el 6 de diciembre de 1941 —“el día de la infamia”, lo calificó Roosevelt—, fue el punto sin retorno para Estados Unidos. Roosevelt había prometido en campaña que no entrarían en la guerra, pero todo cambió con ese ataque. Naturalmente, Roosevelt siempre quiso entrar en el conflicto armado; sabía que, desde el punto de vista económico, social y político, esa guerra le daría el tiro de gracia al Imperio Británico y configuraría un mundo diferente, basado en dos visiones de la historia. Una, la de los hijos de los padres fundadores de Estados Unidos y su modelo capitalista; otra, la de la revolución de los proletarios y el mundo socialista. En medio quedaba la secuela de los que habían creado, entre otras cosas, los fenómenos del colonialismo y el agotamiento de los modelos. En esa guerra quedaba claro que las potencias europeas tradicionales —con independencia de que ganaran los aliados contra el monstruo nazi— desaparecerían simultáneamente. Estados Unidos movilizó doce millones de soldados para destruir el Tercer Reich.

Ésa fue una guerra hecha a caballo entre la visión del “*New Deal*” —el mundo se había acabado tal como lo habían conocido los estadounidenses—, y la intuición de que los nazis y quienes pregonaban los extremos eran, a la corta o a la larga, los enemigos mortales del sistema político y social estadounidense. El mundo podía tener varias interpretaciones, y en el fondo y hasta el estallido de la Guerra Fría, que también era previsible, a los estadounidenses les parecía menos malo compartir su poder con la Unión Soviética de Stalin que compartir la ordenación del mundo con el Imperio Británico como primera razón hegemónica.

Tras la guerra, mientras que todos los países se habían arruinado y toda Europa parecía destruida, Estados Unidos se encontró en una situación que nunca antes pudo siquiera imaginar: multiplicó por dos su PIB; su armada era por sí sola superior a todas las demás juntas, incluidas la británica y la soviética; tenía el doble de aviones que todos los demás países participantes en la guerra juntos. Además, la hegemonía del mundo financiero había hecho que los centros alternativos de Londres, Berlín o París fueran reducidos a cenizas, y la única garantía de reserva del ahorro y del sistema financiero internacional radicara en Wall Street.

Estados Unidos entró en esa contradicción, hasta aquí positiva, que usualmente marca sus grandes movimientos en la historia; tuvo tiempo y ganas de reconocer, aunque fuera sólo para garantizar su hegemonía, que no podía seguir subsistiendo sobre la base de un solo esquema y que necesitaba compartir la responsabilidad, el poder y también la estructura económica del mundo. Por eso la reunión de Bretton Woods, dirigida por el economista inglés John Maynard Keynes, dio origen a un nuevo orden económico con la creación del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, organismos destinados a crear elementos disciplinarios que impidieran el estallido de otra guerra por razones de ruptura, caos o *crack* financiero.

En el orden político, nació, con la carta de San Francisco de 1947, la Organización de las Naciones Unidas, que era el organismo destinado a evitar y procurar que nunca más hubiera situaciones de enfrentamiento que trajeran como consecuencia otra guerra mundial. Al mismo tiempo se garantizaba la desnazificación en Alemania y se daba por bueno el botín territorial, económico, político, militar y personal que debían ganar la Unión Soviética, el país que más muertos había aportado al éxito contra los países del Eje.

La URSS de José Stalin puso cerca de veintisiete millones de cadáveres en la Segunda Guerra Mundial, tanto en combate, como en las eliminaciones masivas producto de la política “de tierra quemada” ordenada por Hitler (dada la experiencia de guerra napoleónica, Hitler ordenó que ningún pueblo de los conquistados tuviera ni una brizna de tierra que pudiera serle leal a los soviéticos, y por lo tanto todos los habitantes de los pueblos eran sistemáticamente

eliminados luego que los conquistaban).

Tras usar, sin excusa ni razón, el holocausto nuclear como arma para terminar los combates en el Pacífico, la guerra terminó dándole a Estados Unidos la constancia de que habían sido buenos, de que habían sido los mejores, de que habían ayudado a acabar con la representación del Mal, y de que inevitablemente iban en camino de convertirse en el imperio económico que hoy son. Pero el país no fue a esa guerra ni la ganó para ser el primer imperio de la Tierra, ni para ser la economía dominante, ni para cumplir el papel de líder del mundo. Seguramente porque sabía que no estaba preparado para ello.

Estados Unidos construyó los lodos de los polvos que hoy nos aplastan, al no haber entendido que el *baby-boom* y la explosión de tranquilidad espiritual, el crecimiento económico y la seguridad militar debía acompañarse con un mayor y mejor conocimiento del mundo que inevitablemente tendrían que gobernar.

El 17 de enero de 1973 habían pasado más de nueve años desde la tragedia de Dallas, y el frío que cortaba las caras esa tarde no despejaba las dudas de quién y por qué mató a John Fitzgerald Kennedy. También era el aniversario de un discurso histórico, el último que pronunció el presidente Eisenhower —el general que liberó a Europa y, como Ulysses Grant, había ganado una guerra y se había convertido en presidente— para advertir a sus compatriotas de que, al margen de los enemigos externos, tendrían que vencer a un enemigo interno: el poder inmenso acumulado por el complejo militar e industrial del país. Para el general Eisenhower, eran ya un poder dentro del poder, y capaces de generar una dinámica, no en beneficio del país y sus ideales, sino en beneficio propio.

La guerra de Vietnam comenzó por el error de valoración de un funcionario del Departamento de Estado, que realmente pensó que Mao estaba detrás de los rebeldes y podría ser imparable en el sudeste asiático; pero continuó y se consolidó por los intereses del poder militar. Esa tarde de 1973 era inevitable saber que la violencia en las calles de Nueva York venía de que se había descubierto que el infierno no estaba en el delta del Mekong, ni lo producían los *Charlies* —así se denominaba comúnmente a los guerrilleros de Vietnam—: el horror se había desencadenado en Hell's Kitchen, en el Bronx, en Harlem. No es que los soldados estadounidenses se estuvieran volviendo brutales por lo que les enseñaba la guerra: ellos llevaron la brutalidad de sus calles al escenario de Vietnam, y el principal negocio de aquellos años, para muchos, consistía en transportar drogas entre las calles de Nueva York y el sudeste asiático. Había una contradicción profunda entre todo ese poder, todo ese dinero, toda esa fuerza y toda esa violencia en las calles. Las cuestiones no resueltas desencadenaron lo que se veía no solamente como una errónea aventura militar que costaría más de sesenta mil

jóvenes muertos a Estados Unidos, sino la pérdida de la razón y el inicio de la degradación para la sociedad, para el sistema político y para el ejército.

Estados Unidos no podía ganar esa guerra y lo sabía y sentía. Nixon, que quería ganar su guerra para pasar a la historia como un gran presidente, ya había hecho la trampa y Watergate lo marcaría. Él mismo y Spiro Agnew asumirían sus cargos habiendo prometido salir del callejón sin salida de la Guerra Fría y propiciaron un cambio cualitativo, que fue la apertura hacia China.

Nixon fue un gran presidente. Era un tramposo y murió, políticamente hablando, porque cometió el único crimen intolerable en una democracia que basa su valor en su superioridad moral: hizo trampas, mintió al pueblo, a los jueces y al Congreso. Su sucesor, Gerald Ford, la noche que tomó el poder declaró: “Nuestra larga pesadilla nacional ha terminado.” Eso era verdad en parte: el monstruo de la mentira y la vergüenza desde el despacho oval estaba eliminado en su vertiente más visible, la cara de Richard Nixon; sin embargo, muchas otras cuestiones internas del país siguieron socavando y destruyendo lo que a estas alturas resulta fácil comprender. Estados Unidos nunca entendió cuál era su papel, ni las discrepancias, ni los costos profundos de tener una moral para su casa, un concepto moral para su esquina y una total impunidad para sus responsabilidades en el mundo.

Nixon, que en 1973 iba a jurar su segundo mandato, era el hombre que había puesto en marcha el golpe de Estado contra Salvador Allende —que cambiaría la historia de las relaciones entre los militares en América Latina—; también había terminado con la paridad del patrón oro en relación con la cotización del dólar, lo que provocó un gravísimo problema en los territorios dependientes de la disciplina del dólar, que eran todos los países, menos los del Este; además, estaba en esa esquizofrenia en la que vive normalmente Estados Unidos entre el mundo árabe y los judíos. Se estaban preparando la guerra del Yom Kippur y la primera crisis energética que estrangularía al mundo y que descubriría una nueva forma de restaurar la legitimidad de los gobiernos árabes, a través de la factura del petróleo en el orden mundial, en una nueva visión del juego que, como en los casos de Corea y Vietnam, afectaba a Estados Unidos, pero menos. Nombres como los de Saddam Hussein y el jeque Jamani de Arabia Saudita, o el Septiembre Negro, la OLP y Yasser Arafat eran problemas de seguridad y orden público que nunca, nunca lesionarían a Estados Unidos.

En ese enero de 1973, el hijo de un magnate de la construcción de Arabia Saudita, Muammar Bin Laden, rezaba y estudiaba a los extremistas sunitas, buscando la perfección espiritual que descubriría con los misiles “tierra-aire” sólo quince años más tarde en Afganistán, gracias a la ayuda y a la financiación del imperio que no supo serlo: Estados Unidos. —